

Miguel Ángel Vertedor Alabarce, un prometedor historiador de Rincón de la Victoria



Si algo satisface especialmente al Cronista de Rincón de la Victoria es comprobar que existe una pujante savia nueva en el mundo de la historia, y más aún cuando procede del propio municipio, concretamente de La Cala del Moral.

En la conversación que mantuve con él pude comprobar que, pese a su juventud, ya apunta maneras de historiador. Hablo de Miguel Ángel Vertedor, estudiante de primer curso del grado de Historia en la Universidad de Málaga.

Este emergente investigador ya destacó en diciembre de 2025 cuando, cursaba el bachillerato en el IES Ben Al Jatib de La Cala del Moral, fue galardonado en la categoría de ensayo en el Concurso Escolar Nacional “Vivir, Sentir y Contar la Democracia: España en libertad. 50 años”, convocado por el Ministerio de Educación y Formación Profesional. Este certamen reconoce proyectos que impulsan las vocaciones científicas entre los jóvenes y trabajos que fomentan los valores democráticos y los derechos fundamentales.

Su interés por la historia procede de la influencia de su padre, quien despertó en él esta inquietud a través del cine histórico. Con el tiempo, esa curiosidad se vio reforzada por las conversaciones con su abuela, a quien llamaba cariñosamente “*mamita*”, que le relataba, capítulo a capítulo, los difíciles y lúgubres años que le tocó vivir.

En su ensayo aparecen referencias a los recuerdos que ella le transmitió sobre la *Desbandá*, un suceso que vivió en primera persona. A partir de estos testimonios, el autor reflexiona con notable profundidad sobre la represión que se instauró en España tras la Guerra Civil y sobre el miedo que se extendió entre la población ante posibles represalias.

El texto también alude a hechos más recientes y controvertidos, como la reaparición de partidos defensores del régimen franquista o la exhumación del dictador. Resulta especialmente llamativa, dada la juventud del ensayista, la madurez con la que aborda estas cuestiones, expresada en frases como: “*Una democracia sin memoria es una casa sin cimientos*”, para concluir con esta reflexión: “*El pasado no pasa cuando se calla. Solo pasa cuando se comprende*”.

A continuación, se incluye el ensayo galardonado.

Miguel Alba Trujillo

23/4/2026

Cronista Oficial de Rincón de la Victoria

Concurso Escolar Nacional
Vivir, Sentir y Contar la Democracia:
España en libertad.
50 años

Miguel Ángel Vertedor Alabarce
2º Bachillerato I.E.S Ben al Jatib
La Cala del Moral, Málaga

Índice

1. Vienen los moros	7
2. Fin de la guerra, ¿o no?.....	9
3. El otro frente.....	11
4. El pasado que no pasa.....	13
5. Soñar con la libertad nos hizo caer desde muy alto.....	22
6. ¿Dónde está el final?.....	25

Resumen

La finalidad principal de este texto ha sido articular un relato que, tomando como hilo conductor la figura de mi abuela y su testimonio a lo largo del tiempo, permita recorrer de forma cronológica algunos de los acontecimientos más relevantes de nuestra historia reciente. A través de sus vivencias —rememoradas durante los tres primeros capítulos— durante la Guerra Civil y los años iniciales de la dictadura, se propone un recorrido que parte de la entrada de las tropas sublevadas en la ciudad de Málaga, en febrero de 1937, y transita por las etapas de la posguerra, la represión franquista, la muerte del dictador, el proceso de Transición y, finalmente, la llegada de la democracia en España.

Es precisamente esta última etapa —el surgimiento y consolidación del sistema democrático— el verdadero eje temático que se pretende destacar. El presente texto se inscribe en el marco del certamen *Vivir, sentir y contar la democracia*, una iniciativa impulsada por el Ministerio de Educación, Formación Profesional y Deportes. La convocatoria de este premio ha despertado en mí el interés por reflexionar, desde una perspectiva personal pero también histórica, sobre la importancia de nuestro modelo de gobierno actual.

Con estas líneas, deseo no solo rendir homenaje a quienes vivieron en primera persona aquellos tiempos convulsos, sino también reivindicar el valor de la memoria y la necesidad de conservarla. Porque solo conociendo de dónde venimos, podremos comprender y defender con mayor firmeza lo que hoy somos.



El teniente coronel Antonio Tejero irrumpe en el congreso a tiros. 23 de febrero de 1981

Capítulo 1- Vienen los moros

“Vienen los moros por Cádiz. Cortando cabezas, violando mujeres y matando a niños”.

Este tipo de frases, citadas literalmente por mi abuela materna —quien vivió directamente los acontecimientos de la Carretera Málaga-Almería en febrero de 1937— reverberan en mis pensamientos desde que tengo uso de razón. Y es que ella, Lola, o “*Mamaita*” —como la llamábamos sus nietos—, estuvo allí. Estuvo presente en las inmediaciones de El Cantal, cuando los buques *Canarias*, *Baleares* y *Almirante Cervera* del general sublevado Gonzalo Queipo de Llano, bombardeaban a los civiles que huían despavoridos por la costa, atemorizados por esos mismos moros. Por puro temor. Por miedo.



Túnel construido en 1907 para el paso del tren. En él se refugiaron los civiles que iban a Almería, y que fue bombardeado. Archivo fotográfico

Recuerdo el sencillo gesto de un niño curioso —yo mismo— preguntándole a mi abuela por aquellos días en la carretera, y aunque por entonces ella contaba con apenas tres años de edad, lo relataba todo como si todavía anduviera por allí: entre las cañas de azúcar, entre las balas de los aviones italianos, entre la gente muerta en las cunetas. Llegaba a contar lo mismo una y otra vez. Se lograba vislumbrar una especie de simbiosis entre el horror y la resignación, como quien ha llegado a hacer las paces con el pasado pero jamás lo ha olvidado.



Malagueños en Desbandá. Un episodio oscuro de la historia española. RTVE

Al cabo de una semana caminando por el asfalto —o monte a través, para evitar el fuego de los cruceros— llegaron a Almería, donde, según contaba mi abuela, la recogieron junto a su madre en un camión y la llevaron a Valencia. Pasaría el resto del conflicto en unos barracones para los trabajadores del arroz, situados en la playa de la Malvarrosa, junto a otras familias caleñas. Recuerdo con claridad cómo contaba que lo único que había para comer eran batatas, las cuales, por supuesto, años después —y conmigo ya en el mundo— aborrecía.

El padre de mi nombrada “*Mamaita*”, es decir, mi bisabuelo, militó entre las tropas republicanas —o eso tengo entendido, a través de un familiar—. Pero el relato se entremezcla, ya que soy conocedor de que se vio obligado a huir con la *Desbandá* hacia Almería, pero al llegar a dicha ciudad no logró subir al camión que transportaba a mi abuela y a su madre hasta Valencia. La historia toma este giro dramático y pierdo el hilo. No soy capaz de concordar un momento en el que mi bisabuelo huyera debido a sus ideas políticas —no simpatizantes con el movimiento— y lucha en el frente de la mano de las tropas republicanas. No logro ubicarlo.

Capítulo 2- Fin de la guerra, ¿o no?

“Primero de abril de 1939, tercer año triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo...”

Con estas famosas palabras comenzaba el último parte de guerra desde el cuartel del Generalísimo. La guerra como tal había terminado en el frente, pero en las familias y hogares españoles se encontraba tan latente como aquel lejano julio de 1936. La guerra no había ni muchísimo menos terminado.

Recuerdo que mi abuela contaba como a algunas mujeres de La Cala se las llevaron a la Cárcel Provincial de mujeres de Málaga —actual Caserón de la Goleta—, donde estuvieron hacinadas junto a más de 4.000 republicanas desde la toma de la ciudad en febrero de 1937. Esas mujeres, madres de familia, nunca volvieron.

Como señala el historiador Francisco Espinosa Maestre, *“el franquismo no fue solo una dictadura, sino un sistema diseñado para borrar física y simbólicamente al enemigo”* (La columna de la muerte, 2004). Un ejemplo grotesco de ese afán fue el “estudio” del médico Antonio Vallejo-Nájera —llamado a veces el Mengele español— Jefe de los servicios psiquiátricos militares, en 1939 analizó a medio centenar de reclusas malagueñas con el perverso objetivo de demostrar que existía un “gen rojo” que corrompía moral e ideológicamente a la izquierda.

A través de encuestas sobre sexualidad y religión, Vallejo-Nájera intentó justificar su absurda tesis pseudocientífica —y profundamente misógina— de que las mujeres republicanas eran “degeneradas” por naturaleza. Este experimento, financiado por el régimen, revela hasta qué punto la represión franquista buscó no sólo castigar, sino también deshumanizar a quienes consideraba una amenaza.



Imagen de las reclusas reunidas en el patio de la cárcel. Diario SUR

Comenzaba entonces —tras la derrota del bando republicano— una férrea dictadura basada en la represión hacia el bando contrario y la autarquía, y profundamente marcada por el hambre y el miedo. Ese miedo del que hablaba al comienzo del texto, a estas alturas ha logrado evolucionar y convertirse en algo más profundo. Miedo a hablar más de la cuenta por si un vecino logra escucharte y te denuncia a las autoridades. Miedo a escuchar que peguen a la puerta. Miedo a que tu marido, que antes del 36 estaba adscrito a la CNT, y por lo tanto ahora en esta nueva España debería mirar a ambos lados de la calle al salir de casa. Cito de nuevo palabras de mi abuela: *“Con Franco había que estar callado, el que no lo estaba, se lo llevaban”*

Conforme he ido vertebrando el texto, mis dedos me han llevado inconscientemente hacia otro punto que me llama bastante la atención. Se trata del final del himno de la Falange Española, el conocido *“Cara al Sol”*, utilizado por el régimen franquista en actos oficiales, en desfiles, e incluso en las escuelas, donde había que cantarlo antes de entrar al aula. El verso final de este canto cita la frase a la que me vengo a referir: *“en España empieza a amanecer”*. Así titula el escritor Juan Eslava Galán el primer capítulo de su libro *Los años del miedo* (2008), un título a mi parecer insólito, donde inclusive la portada despierta en mí un escalofrío que me recorre el cuerpo: cinco mujeres realizando el saludo fascista, con una barra de pan bajo el brazo, y en la mano lo que parece ser una de esas cartillas de racionamiento recién sellada, tan comunes en la España de la posguerra. Esas palabras finales del himno simbolizan lo que para los sublevados sería la nueva España, donde por supuesto habría de combatir al comunismo y la masonería. Aparece aquí esa jerga franquista tan característica.

Sea como fuere, al terminar la guerra y volver a La Cala, los roles de la familia Soler López se vieron invertidos. Él se quedaba en casa cuidando de las hijas —la segunda nació en Valencia— y ella se iba a trabajar al campo. A día de hoy, que cuento con una edad y puedo pensar por mi mismo, y por supuesto tras haberme documentado, pienso, ¿Se escondería mi bisabuelo por miedo a represalias, por miedo al régimen?. Solo tuvo trabajos esporádicos, supongo que cuando la situación era ya de extrema necesidad debido al aumento de la familia a cuatro hijos. Como muchos de sus coetáneos caleños, faenaba los meses de productividad y, llegada la vejez, trabajó de guarda del Camping de la urbanización de Cala Flores, coincidiendo con la Ley de indultos de 1969. Mucha casualidad. La lógica me llama a pensar que si, tendría que haber vivido con bastante discreción.



Fotografía del pueblo pesquero de La Cala Del Moral (Málaga), a vista desde El Cantal, alrededor de la década de 1930. Archivo fotográfico

Esta es la historia que nos acontece. La historia de una España dividida. La historia de una élite militar y política que actuó sin tener en cuenta a la población de un país que, en ese entonces, contaba con casi veinticinco millones de habitantes. El escritor malagueño Antonio Soler, en su reciente obra *El día del Lobo* (2024), aborda magistralmente este tema, contando precisamente lo que yo pretendo narrar en la introducción de este texto: la historia de su familia. Quizá haya algo de inspiración proveniente de la obra mencionada.

Capítulo 3- El otro frente

“El más terrible de los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza muerta”.
Federico García Lorca.

Conforme la vida avanzaba, mi abuela —la mayor de cuatro hermanas— empezó a, como ella decía, servir en las casas de los señoritos en Málaga. No he logrado encontrar información sobre la casa en la que servía. Lo único que recuerdo es que lo llamaba el Doctor Bachiller, que ejercía de dentista en las inmediaciones del puerto de Málaga, aunque no era la primera casa en la que trabajó. Guardo el recuerdo de ver las procesiones de Semana Santa con mi abuela por la televisión, y ella saber todos los

pasos procesionales junto a sus Cristos y Vírgenes, muy devota del Cautivo. Alegaba que sabía todos los recorridos debido a que estuvo sirviendo en Calle Carretería, y que se asomaba al balcón del piso para verlos. Intento hilar los hechos pero, al igual que con mi bisabuelo, se me escapan de las manos.

Servir en estas casas la llevó a casarse muy joven —como la mayoría de mujeres de su tiempo— con un joven caleño de pelo peinado hacia atrás que iba a pretenderla cuando ella bajaba al mercado. Era nueve años mayor que ella.

La guerra, entonces, quedó reducida en un mal recuerdo vivido que se fue disipando con el resto de los años, aunque jamás se iría del todo. Y mi abuela, más allá de contarme historias del merendero que montaron juntos con más voluntad que medios, o que comenzó a trabajar siendo una niña, cuando solía decir con un tono sarcástico y melancólico, “*antes de haberme desarrollado*”. Llegó, después de todo, a vivir una vida relativamente tranquila y apacible. Falleció en enero de 2023 a los 88 años de edad, dejando tras de sí una memoria, un legado silencioso de quienes, sin apenas recursos, lograron reconstruir un país en ruinas.

No hay manera más honesta de narrar una guerra que a través de las vivencias en primera persona de alguien que estuvo directamente en los escenarios de los acontecimientos. Y precisamente es lo que he intentado hacer yo en las primeras líneas de este relato. Porque en una guerra no existe solo el frente de batalla, los soldados y los carros de combate. No es solo el estruendo de las armas ni las estrategias trazadas en los mapas por quienes jamás pisan el barro. Una guerra es, en esencia, una cocina sin pan, el silencio del que teme a hablar, la infancia interrumpida de un niño que crece con miedo, o la tumba inexistente de quien nunca empuñó un arma.

Mi abuela, como tantas mujeres de su generación, no fue soldado ni estratega, pero sobrevivió al conflicto en el frente más difícil: el de un hogar devastado y un futuro incierto.

En este sentido, veo la oportunidad de citar a Pérez-Reverte en una de sus tantas entrevistas, cuando subraya la importancia de preguntar a los abuelos. Porque cuando ellos se van, no se marcha solo una persona: con ellos desaparece una mirada, un recuerdo, una vida entera.

Capítulo 4- El pasado que no pasa

“Españoles, Franco ha muerto... todo está atado y bien atado”.

Carlos Arias Navarro.

A lo largo de este capítulo, desarrollo el núcleo del texto, ese eje en torno al cual orbitan las demás secciones, pues pretendo que se erija como la columna vertebral de todo el documento e intento en él dar respuesta a una pregunta de bastante relevancia respecto al tema que pretendo abordar: ¿La dictadura terminó con la muerte de Franco o seguimos siendo herederos directos de ella?

El 20 de noviembre de 1975 —en realidad un día antes, el 19, pero la fecha fue cambiada para que coincidiera con la de José Antonio Primo de Rivera, fusilado en 1936— muere Francisco Franco Bahamonde, caudillo de España por la gracia de Dios y Generalísimo de los ejércitos. De nuevo esa jerga y nombramientos franquistas.

Esta fecha es considerada por muchos historiadores como el inicio de un proceso inédito en la historia contemporánea de España: la vuelta de la monarquía y la democracia tras casi 40 años de dictadura. Algunos lloraron, otros celebraron. Pero realmente, al igual que en la guerra, ¿la dictadura había terminado, o seguimos siendo herederos directos de esos sucesos?



Traslado de los restos de Franco desde el Palacio Real al Valle de los Caídos en 1975. / EFE

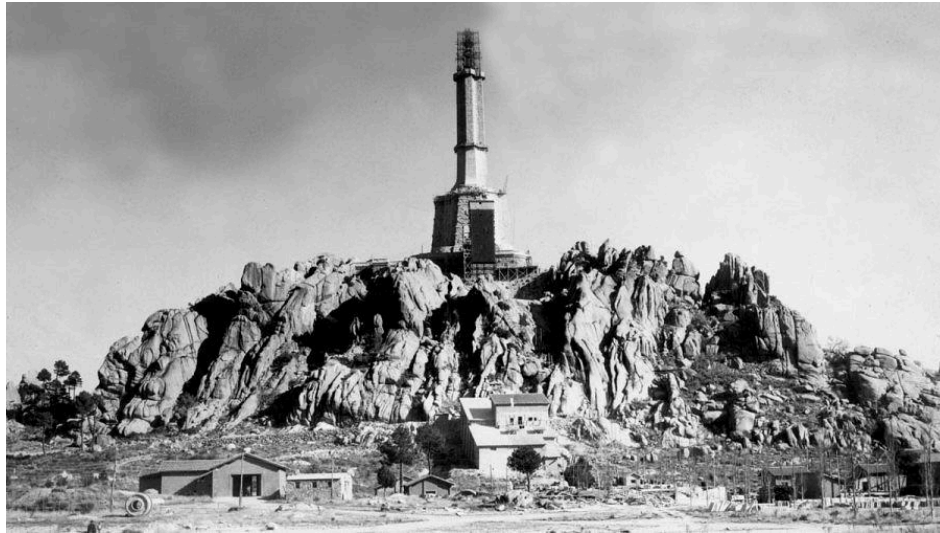
Hace unos días vi en las noticias una imagen que, por alguna razón, me impactó más de lo habitual. En ella aparecían unas diez personas frente a una carpa de color rojo, en la que se leía, en grandes letras mayúsculas, el nombre del partido político del régimen franquista: FE y de las JONS —Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista—. Todos los presentes entonaban el *Cara al Sol* mientras alzaban el brazo derecho realizando el característico saludo fascista. Esta noticia puede traducirse, y asegurar, sin temor a dudas que las ideologías provenientes de aquellos oscuros años de dictadura, que no solo asolaron a España, sino a toda Europa, y que llevaron a España a la Guerra Civil, y posteriormente, sumió al mundo en el mayor conflicto de todos los tiempos, la guerra más cruenta que la humanidad ha visto: La Segunda Guerra Mundial. Esos años siguen latentes en esta nuestra sociedad.

Aquel momento de la carpa política, congelado en una imagen del telediario, no solo era una postal del pasado que creíamos haber superado —por el mero hecho del tiempo transcurrido— sino una peligrosa advertencia de los riesgos del olvido. El hecho de que en pleno año 2025 se entonen himnos franquistas y se reproduzcan símbolos y saludos dictatoriales con absoluta impunidad no es un gesto menor, sino un síntoma preocupante. Nos recuerda que la Democracia, lejos de ser una meta alcanzada, es una construcción colectiva, continua y por supuesto frágil que puede llegar a resquebrajarse si se normalizan las apologías al autoritarismo.

Hilando con este tipo de noticias de índole franquista y acontecimientos relacionados, llegamos a uno de los debates más controversiales de los tiempos actuales: La exhumación de los restos de Francisco Franco y la conservación del Valle de los Caídos —actual Valle de Cuelgamuros—. ¿Memoria histórica o fosa común?

La exhumación de los restos de Franco en octubre de 2019 supuso un profundo giro simbólico y político para la actualidad española. Su tumba había presidido el altar mayor de la basílica del Valle de los Caídos, lugar concebido por el propio régimen para honrar a los “*caídos por Dios y por España en la cruzada*”, por lo cual, fue construido con mano de obra republicana, forzada por supuesto.

Allí descansaban los restos del dictador, bajo una enorme cruz de 150 metros de altura, en un espacio que algunos consideraban una herida aún abierta en la Democracia.



Obras de construcción del Valle de los Caídos en el monte de Cuelgamuros, situado en la Sierra de Guadarrama, Madrid. 1952. RTVE

El traslado de los restos del dictador al cementerio de Mingorrubio fue sin duda un acto cargado de simbolismo político, y por supuesto, memoria histórica. Esta medida, impulsada por el gobierno de Sánchez, buscaba cerrar lo que muchos llamaban una “anomalía democrática” : la presencia de Franco en un mausoleo de proporciones enormes, construido por presos políticos republicanos y convertido en lugar de culto. Bajo este contexto cabe recordar que el búnker de Hitler, en pleno centro de Berlín y donde pasó sus últimos días, es, a día de hoy, un aparcamiento.

La polarización que generó refleja claramente los conflictos no resueltos, y que la dictadura, aunque terminó en términos formales, la realidad ideológica es otra.

La polémica no acabó ahí. El Valle de los Caídos sigue albergando los restos de más de 33.000 personas, muchas de ellas enterradas sin el consentimiento de sus familias, y a menudo mezcladas sin distinción entre bandos. A esto se le suma la presencia de José Antonio Primo de Rivera, cuyos restos fueron trasladados en abril de 2023, a consecuencia de la ley que cito a continuación.

La Ley de Memoria Democrática, aprobada en 2022, propuso resignificar el complejo, convirtiéndolo en un lugar de memoria en honor a todas las víctimas de la Guerra Civil y la dictadura. Aunque la pregunta persiste: ¿es posible resignificar un monumento nacido del totalitarismo?

La respuesta a este tema, a mi parecer, como futuro historiador que me considero, es de suma importancia. La conservación de este tipo de monumentos es fundamental para la pervivencia de la memoria histórica. Multitud de complejos monumentales —incluso algunas de las consideradas maravillas del mundo— han sido construidos a base de trabajos forzados por parte de esclavos o presos.

Desde el Anfiteatro Flavio —comúnmente conocido como Coliseo Romano—, pasando por la Gran Muralla China, el famoso Taj Mahal indio, hasta llegar al Canal de Suez —pieza clave para el comercio global—. Todos los nombrados monumentos, visitados turísticamente de manera empedernida, tienen un origen común: el sufrimiento humano.

Qué decir de esta práctica infame: la esclavitud. Encuentro aquí la ocasión para referirme al filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679), quien en su célebre obra *Leviatán* (1651) afirma que “*el hombre es un lobo para el hombre*”, es decir, malvado por naturaleza, llegando a realizar una de las prácticas más abominables de las que nuestra raza ha sido perpetradora: esclavizar a miembros de nuestra misma especie.

¿Pretendemos ocultar eso ahora demoliendo monumentos y atentando contra la memoria histórica? La cual, por supuesto, se centra —como disciplina— en estudiar los hechos acontecidos tal y como sucedieron desde un punto de vista objetivo. Esa es su función.

Siguiendo esta línea de controversias contemporáneas sobre el legado y la memoria del régimen franquista, se ha reavivado el debate en torno al monumento al crucero *Baleares*, situado en la ciudad de Palma de Mallorca. Este fue erigido en 1947, durante la dictadura, para conmemorar al buque de guerra franquista, que fue hundido por la Armada republicana en marzo de 1938. Sin embargo, lejos de ser un recuerdo neutral, el navío está estrechamente vinculado a una de las mayores tragedias del conflicto civil: la nombrada masacre de la carretera Málaga-Almería en febrero del año 37, en la que iba mi abuela junto a otros miles de malagueños. El buque bombardeó sistemáticamente toda la línea de costa, que junto a la ayuda de la aviación italiana, dejó un balance de —según estimaciones actuales— más de 3.000 muertos. Mi abuela podría haber fallecido en la carretera junto a su madre.

Durante el pasado año 2024, el PSOE de Baleares ha solicitado formalmente la retirada del monumento, alegando que vulnera la, nombrada en líneas anteriores, Ley de Memoria Democrática, mediante la cual se prohíbe expresamente los elementos que ensalzan la dictadura o representan una ofensa para las víctimas. Por ello, proponen que se incluya en el censo estatal de simbología franquista, lo que obligaría a su retirada o resignificación, tal y como hicieron con el Valle de Cuelgamuros —antiguo Valle de los Caídos—. El monumento, de casi 20 metros de altura y coronado por un águila imperial, proveniente de los Reyes Católicos, y rescatada por Franco. Pero ese es otro tema.

El monolito sigue presidiendo el centro de Palma, sin que haya aún una placa que lo contextualice o resignifique. Para algunos, esto representa un ejercicio de miopía pedagógica democrática. Para otros, eliminarlo sería borrar la historia.

Este caso ejemplifica el dilema central que atraviesa la gestión de los símbolos franquistas en la España de nuestro actual siglo XXI. ¿Debemos mantener estos monumentos como advertencia histórica? ¿Resignificarlos pedagógicamente? En palabras del historiador Ricard Vinyes: “*un monumento que no interpela, adoctrina*”. Es decir, un símbolo que permanece sin explicación ni crítica en el espacio público no invita a reflexionar, sino que naturaliza el relato del poder que lo erigió.

El caso del *Baleares* no es anecdótico sino un recordatorio vivo de cómo los símbolos del pasado siguen marcando la batalla ideológica del presente.



El monumento de sa Feixina en una fotografía de 1955, cuando conservaba las referencias a los "héroes" del crucero Baleares. Fotos Antiguas de Mallorca (FAM)

Con este tipo de noticias actuales pretendo hacer referencia al nombre con el que he querido representar este capítulo del texto: “*El pasado que no pasa*”. Y es que, aunque el tiempo avance y los acontecimientos sucedidos queden en un simple recuerdo, afectan directamente a nuestro presente.

Observamos cada día cómo estas noticias semejantes influyen en los medios de comunicación, en la política y en toda una sociedad. Puedo, en este caso, poner un claro ejemplo remontándonos a la Revolución Francesa de 1789, cuando en la Asamblea Nacional los diputados revolucionarios —partidarios de cambios radicales y de limitar el poder real— se sentaron a la izquierda del hemiciclo, y los

conservadores —defensores del Antiguo Régimen, de la monarquía y de los privilegios aristocráticos— se ubicaron a la derecha. El centro buscaba posturas intermedias.

Este simple hecho determinó la manera en la que hoy en día nos referimos a los distintos partidos políticos según su ideología. Con esta mención, pretendo aludir a que los hechos pasados repercuten enormemente en nuestro presente y determinan, en gran medida, nuestra forma de pensar.

Por otro lado, he de seguir remitiendo al eje cronológico que estoy intentado trazar. Dos días más tarde de la muerte del dictador, Juan Carlos I de Borbón —nombrado sucesor en 1969— es proclamado Rey de España en el Salón de Sesiones de las Cortes Españolas, es decir, el 22 de noviembre de 1975. Cinco días más tarde, es coronado en una solemne ceremonia.

Comenzaba así el periodo de la Transición



*Acto de proclamación como rey ante las Cortes.
Imágenes del Congreso de los diputados.*

Pero realmente, ¿la dictadura concluyó con la muerte de Franco?

Vemos con bastante claridad —después de subrayar el acontecimiento de la carpa política, el debate sobre el Valle de los Caídos, y la controversia por el monumento en Palma de Mallorca— que, incluso a día de hoy, el eco del franquismo sigue resonando entre la población.

Es una tarea difícil tratar de cambiar las ideas de un país de un momento a otro. Treinta y seis años dan para mucho. A la muerte de Franco, la oposición democrática inicia una serie de movilizaciones en las calles pidiendo la ruptura total con el régimen franquista y la unión de todos los demócratas.

Tras la dimisión, el 30 de junio de 1976, de Carlos Arias Navarro —hasta entonces jefe de Gobierno—, ya que era incapaz de llevar a cabo las reformas democráticas que gran parte del país pedía, Juan Carlos I nombró en su lugar a un perfecto desconocido para el pueblo español. Un hombre al que, si hablamos del periodo de la Transición, es imprescindible nombrar: Adolfo Suárez.

Antiguo miembro del Movimiento Nacional y director general de RTVE durante el franquismo, Suárez fue recibido con desconfianza tanto por los sectores más conservadores como por la oposición democrática. Sin embargo, en pocos meses demostró una sorprendente capacidad de liderazgo y una clara voluntad reformista. El 3 de julio de 1976 fue oficialmente nombrado presidente del Gobierno, y desde ese momento comenzó un proceso político que marcaría un antes y un después en la historia de España.

Uno de los hitos fundamentales de su mandato fue la Ley para la Reforma Política, aprobada por las Cortes franquistas en noviembre de 1976 y posteriormente ratificada en referéndum por el pueblo español el 15 de diciembre del mismo año. Esta ley supuso la demolición legal del régimen franquista desde dentro, una paradoja histórica: el propio sistema dictatorial votó para su autodestrucción. Completamente necesario por supuesto.

Gracias a esta reforma, se legalizaron los partidos políticos, incluyendo al Partido Comunista de España, cuya legalización el 9 de abril del año 77 generó una fuerte polémica y una gran tensión dentro del Ejército, ya que suponía —dentro los sectores más franquistas, y que habían hecho la guerra— una locura. No obstante, Suárez mantuvo su apuesta por la reconciliación nacional, convencido de que sin pluralismo político no era posible construir una verdadera democracia.

El siguiente paso fue la celebración de las primeras elecciones democráticas desde el conflicto, el 15 de junio de 1977, cuarenta y un años después de aquellas elecciones ganadas en febrero del 36 por el Frente Popular, que dio paso al plan de Golpe de Estado del general Mola.

Adolfo Suárez, al frente de la recién creada Unión de Centro Democrático (UCD), ganó los comicios. Aquel momento marcó un punto de inflexión: por primera vez en más de cuarenta años, los ciudadanos pudieron elegir libremente a sus representantes.



Adolfo Suárez y su esposa, Amparo Illana, votan en las primeras elecciones de 1977

La Vanguardia

En respuesta a la pregunta con la que he dado comienzo al capítulo, la muerte de Franco marcó, en efecto, un antes y un después en la historia de España. Desde un punto de vista jurídico e institucional, sí: la dictadura concluyó. Comenzó el proceso de Transición, la legalización de partidos políticos, la celebración de elecciones libres, la redacción y aprobación de una nueva Constitución. Pero, ¿es eso suficiente para afirmar el punto y final del franquismo?

Aquí es donde la cuestión se vuelve más compleja. Porque si algo nos enseña la historia es que las estructuras políticas pueden cambiar de un día para otro, pero los imaginarios colectivos, los símbolos del poder y las heridas sociales tardan décadas —o incluso siglos— en desaparecer.

La dictadura no terminó en el alma del país de manera automática. El ejemplo de la carpa política, con personas entonando el *Cara al Sol* y realizando el saludo fascista, es una imagen que no solo duele, sino que interpela. Esa postal contemporánea, tan anacrónica como real, evidencia que el franquismo sigue latiendo en ciertas capas de nuestra sociedad, no como una ideología muerta, sino como un relato que aún encuentra seguidores a su causa perdida, a sus espacios y sus complicidades.

Y no es el único caso como bien he tratado de exponer. El debate en torno al Valle de los Caídos, la exhumación del dictador, la presencia de símbolos franquistas aún sin resignificar, el monumento al Baleares en Palma... Todo ello demuestra que la memoria del franquismo no ha sido completamente asumida ni gestionada con el rigor histórico y ético que requiere una democracia madura como la nuestra. Seguimos

discutiendo si conservar, resignificar o demoler lo que el régimen dejó como legado monumental, y esa discusión misma ya dice mucho.

La Transición fue un paso más que necesario, pero no fue ni muchísimo menos una ruptura total. Fue una solución pactada que permitió avanzar, sí, pero también silenciar ciertas voces, aplazar ciertos duelos, y mantener viva —aunque en la penumbra— la estructura simbólica del franquismo. Por eso, más que hablar de un final definitivo, habría que hablar de una herencia incómoda, de una continuidad parcial y de un silencio que, en muchas ocasiones, fue cómplice.

Así que no, la dictadura no terminó del todo. Al menos no en términos ideológicos, ni en el plano de la memoria popular. Seguimos siendo herederos de un pasado que no pasa, y nuestra responsabilidad —como ciudadanos y, en mi caso, como futuro historiador— es precisamente no permitir que el olvido se imponga al recuerdo, ni que el relato del vencedor se convierta en la única voz de la historia.

Porque una democracia sin memoria es una casa sin cimientos. Y una sociedad que no revisa críticamente su pasado, está condenada a repetirlo. Por eso, como bien dice el ya mencionado Ricard Vinyes, un monumento que no interpela, adoctrina. Y lo mismo puede decirse de un país.



Operario retirando la placa de "Plaza de Arriba España", medida relacionada con la Ley de Memoria Histórica en España. Acero de Madrid (2017)

Capítulo 5- Soñar con la libertad nos hizo caer desde muy alto

“La libertad se aprende ejerciéndola”.

Clara Campoamor.

He de hacer un breve paréntesis en mi narrativa para introducir el concepto de liberalismo en la península, que, aunque conceptualmente moderno, encuentra su voz en lejanos episodios históricos que reflejan en sí la lucha por la libertad frente a la opresión; del yugo asfixiante procedente de una fuerza mayor la cual los oprimía. Estos son esos episodios.

Numancia, actual provincia de Soria. Siglo II a.C. La creciente república romana fija sus objetivos en Hispania. En aquella colina numantina, los celtíberos resistirán el implacable ataque de las tropas provenientes del Lacio durante catorce largos inviernos. Los numantinos prefirieron morir antes que ser conquistados. Dentro de unas líneas veremos reflejado ese ejemplo.

Santa Cueva de Covadonga. Año 722. El último reducto cristiano de la península ibérica se alza en armas contra el empuje aparentemente implacable del islam. Tras una emboscada devastadora, los cristianos al mando de Don Pelayo lograron doblegar al ejército musulmán, dando comienzo al mal llamado periodo de la Reconquista.

Siglo XIX. El liberalismo toma forma como ideología política, surgiendo para combatir al absolutismo borbónico, se nutre de las ideas ilustradas, promulgadas por la Revolución Francesa y posteriormente extendidas por Napoleón.

Irónicamente, el mismo curso que difundió esas ideas, nos invadió, dando lugar a una cruenta Guerra de Independencia (1808-1814), en ella, se redactó uno de los hitos fundamentales de liberalismo español: La constitución de Cádiz de 1812, la cual fue abolida tras la entrada de Fernando VII.

Pero las ideas no mueren tan fácilmente. Rafael de Riego, con su pronunciamiento de 1820, reaviva el sueño liberal, obligando al rey a restaurar dicha Constitución. Pero el llamado Trienio Liberal (1820–1823) acaba sofocado por la intervención de las potencias absolutistas europeas.

“A la vista de este ejemplo ciudadanos, antes morir que consentir tiranos”.

Esta frase se encuentra escrita en el monumento a Torrijos proyectado por Rafael Mitjana en la actual Plaza de la Merced en Málaga, donde se encuentran los restos de Torrijos y sus compañeros. A excepción del irlandés Robert Boyd, enterrado en el primer cementerio protestante de la ciudad, el actual Cementerio Inglés. La suya fue una de las primeras tumbas.

Situémonos en el año 1831. El general José María Torrijos es traicionado, capturado y fusilado junto a sus compañeros en las playas de Málaga. El motivo: pronunciarse contra el absolutismo e intentar restaurar la Constitución.

Décadas más tarde, el pintor Antonio Gisbert inmortalizará la escena en su célebre lienzo, en el que aúna tanto el heroísmo como la tragedia.

Cuando el gobierno encargó esta obra a Gisbert en enero de 1886, le indicaron que debía ser *“ejemplo de la defensa de las libertades para las generaciones futuras”*. En cierto modo, así ha sido.



Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga. Antonio Gisbert, 1888. Óleo sobre lienzo. Museo del Prado, Madrid.

A lo largo del convulso siglo XX, el ansiado sueño liberal tampoco encontró tregua. La II República, proclamada en abril de 1931, trató de consolidar un régimen democrático, pero el conflicto civil y la posterior dictadura lo aplastaron. Escritores como Miguel de Unamuno o Pío Baroja —miembros de la famosa Generación del 98— ya reflexionaban, a finales del siglo XIX, sobre el atraso político y moral del país, denunciando el fracaso del proyecto liberal y profundamente marcados por la nombrada preocupación por España. Más tarde, poetas como Lorca, Alberti o Cernuda, miembros del genial grupo del 27, vivieron en carne propia la represión y el exilio. Lorca fue fusilado en Granada al comienzo de la guerra, mientras que Alberti y Cernuda —como muchos otros— se vieron obligados a recurrir al exilio. Sus palabras y su arte fueron silenciadas por la censura y la represión.

Parece entonces que toda esa lucha fue para nada. Como si cada intento por alcanzar la libertad hubiera terminado en derrota, silencio y exilio.

Y sin embargo, no todo esfuerzo fue en vano.

En 1978, el espíritu liberal volvió a encontrar su tan ansiado cauce. La Constitución Española, aprobada por referéndum, reconoció —al fin— los derechos y libertades que generaciones enteras habían defendido con su vida. Y no fue una cesión del poder, sino el resultado de una larga herencia de resistencia.

Estas luchas pasadas explican por qué, en noviembre de 1975, muchos españoles temieron que la muerte de Franco no trajera libertad, sino otro ciclo de represión que casi tiene lugar con la imagen puesta al inicio del relato, el intento de golpe de estado del 23F. Pero esta vez, el legado de aquellos que murieron por la Constitución de 1812 —como Riego y Torrijos— inspiró a quienes redactaron la de 1978. En cierto modo, la *Pepa* de Cádiz y la Constitución del 78 son hermanas separadas por más de un siglo y medio, pero unidas por el mismo anhelo: construir una España más libre y más justa. Encuentro aquí el momento para introducir una cita magistral de la filósofa alemana Hannah Arendt —aunque ella rechazaba esa denominación— donde afirma que “*la esencia de los derechos humanos es el derecho a tener derechos*” en su obra *Los orígenes del totalitarismo* (1951).

Por eso, aunque muchos soñadores fueron derribados en el intento de sobreponerse a sus opresores, su lucha sostuvo los pilares sobre los que hoy se ha conseguido levantar nuestra democracia.



“La democracia no fue un regalo del franquismo, sino una conquista de la sociedad española”.

Santos Juliá, historiador y sociólogo.

Capítulo 6- ¿Dónde está el final?

“La guerra civil fue una catástrofe espiritual de la que aún no nos hemos repuesto”.
Julián Marías.

No se trata de una fecha grabada en piedra ni de una película con fecha de estreno. No terminó en 1975 con la muerte del dictador, ni tampoco en 1978 con la aprobación de la Constitución. Porque el franquismo no fue solo un régimen político, fue una cultura del miedo, una estructura impuesta basada en el poder, que caló en la conciencia colectiva durante casi cuatro décadas. Y esas huellas, como he repetido en diferentes ocasiones, no desaparecen con facilidad.

La Transición española permitió una apertura democrática, el reconocimiento de derechos y libertades, la legalización de partidos políticos, y la posibilidad —por primera vez en mucho tiempo— de elegir libremente a nuestros representantes, algo muy valioso si tenemos en cuenta de dónde veníamos. Pero fue también un proceso pactado, condicionado enormemente por la necesidad de estabilidad y continuidad. La amenaza de otro enfrentamiento fratricida pesaba demasiado. Nadie quería otro 36.

Por eso, la Transición implicó también concesiones y silencios. Muchas heridas quedaron sin cerrar. Muchas muertes sin justicia. La memoria de la guerra fue, durante mucho tiempo, un terreno incómodo, casi un tema tabú. El pacto no fue sólo político, fue también un acuerdo implícito para mirar hacia adelante sin echar demasiado la vista atrás. Algo así como: *“Lo pasado, pasado está”*.

A modo de cierre o conclusión, no se puede hablar de una ruptura absoluta, sino de una transformación progresiva y, en muchos aspectos, incompleta. El franquismo fue desmontado legalmente desde dentro, sí, pero su eco aún retumba en ciertos discursos,

en determinadas posturas políticas, en monumentos que todavía no interpelan, y en símbolos que aún dividen.

España continúa siendo heredera de aquel pasado. Y ese legado, lejos de ser una carga inmutable, representa un reto colectivo. No se trata de vivir anclados en el pasado, sino de construir un presente que no repita sus errores. Porque solo una sociedad que conoce de dónde viene puede elegir con claridad hacia dónde quiere ir. El franquismo no desaparecerá del todo hasta que su recuerdo esté al servicio de la conciencia, y no de la nostalgia. Hasta que dejemos de justificar lo injustificable, y seamos capaces de mirar la historia con ojos críticos, empáticos y responsables.

El pasado no pasa cuando se calla. Solo pasa cuando se comprende.

Y esa es, quizás, la tarea más urgente de nuestro tiempo: seguir construyendo una democracia sólida e inclusiva, y con una sociedad, sobre todo, consciente de su historia.

Miguel Ángel Vertedor Alabarce

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Miguel Vertedor', with a stylized flourish at the end.

Trabajo realizado desde el 14/04/2025 hasta el 25/04/2025

Bibliografía

- ¿Una revolución invisible? El pensamiento liberal y la pintura española en el siglo xix (2020) Luis Delgado Mata/ Universidad de Málaga
- Los años del miedo (2008) Juan Eslava/ Editorial Booket
- El día del lobo (2024) Antonio Soler/ Editorial Planeta
- Considerando. Abandono y deshonor en la Pérdida de Málaga, 1937 (2021) Antonio Nadal / Ediciones Algorfa
- Los orígenes del totalitarismo (1951) Hannah Arendt
- Leviatán (1651) Thomas Hobbes
- La columna de la muerte (2004) Francisco Espinosa Maestre/ Editorial Crítica
- Archivo fotográfico La Cala del Moral (Málaga)
- La Desbandá. Un episodio oscuro de la historia española (2022) RTVE
- Así era la vida en la prisión franquista de mujeres de Málaga (2018) Diario SUR
- La Vanguardia (Imagen de Adolfo Suárez votando en 1977)
- Museo del Prado
- (FAM) Fotos Antiguas de Mallorca (1955)
- Valle de los Caídos/ RTVE (1952)
- Traslado de Franco/ EFE (1975)
- NO-DO (Noticiarios y Documentales del Régimen)
- Federico García Lorca: Frase "El más terrible de los sentimientos..." (atribuida, no verificada en obras publicadas).
- Rafael Mitjana : Frase "A la vista de este ejemplo..." (Monumento a Torrijos, Plaza de la Merced, Málaga)
- Pérez-Reverte: Mención a "la importancia de preguntar a los abuelos" (recogido en el Podcast "The Wild Project")

